

María Angélica Hechim

Facultad de Humanidades y Ciencias
Universidad Nacional del Litoral

Acerca del poder en Kafka, en Foucault

Más allá de la vecindad de sus obras en los anaqueles del afecto y la memoria, una curiosa coincidencia ha sido el motivo que impulsó la escritura de este breve ensayo: Kafka y Foucault han sido llamados “profetas” de manera que no deja de sorprender, quizá tanto por aquello que significa tender la mirada hacia lo venidero, desde una realidad que siempre se constituye también de posibilidad y de futuro, como por poder “decir en la calle las cosas que, hasta entonces, sólo se decían en los cenáculos de especialistas”.

Intenté encontrar relaciones entre estos dos grandes escritores del siglo XX, igualmente preocupados por temas como la verdad, el poder, la ley: los temas cuya investigación ilumina zonas principales del saber y las prácticas de nuestro tiempo, que definen tipos de subjetividad, formas de conocimiento y, por lo tanto, los vínculos que existen entre los hombres y la verdad.

Beyond the vicinity of their works in the shelves of the affection and the memory, a curious coincidence has been the reason that impelled the writing of this brief rehearsal: Kafka and Foucault have been called “prophets” so that it doesn't stop to surprise, maybe so much for that that means to spread the look toward the coming thing, from a reality that is always constituted also of possibility and of future, like to be able to say in the street the things that, until then, they were only said in the cenacles of specialists.”

I tried to find relationships among these two big writers of the XX century, equally concerned for topics as the truth, the power, the law: the topics whose investigation illuminates main areas of the knowledge and the practices of our time that define types of subjectivity, forms of knowledge and, therefore, the bonds that exist between the men and the truth.

... no se puede comunicar si no lo que no somos,
es decir, la mentira. Sólo en el coro podría haber cierta verdad.

Kafka

En el penúltimo capítulo de *El Proceso*, de Kafka, el abate de la catedral le cuenta a K. un relato para que K. comprenda qué es la justicia. Se trata de un texto sobre la Ley que antecede a la Ley misma. La Ley está custodiada por un centinela que no le permite el paso a un hombre, quien, como todos los hombres, creía que la Ley era accesible para todos y en cualquier momento. Esta Ley es un edificio que consta de numerosas salas –cuántas, no se sabe, pero sí se sabe que son más de tres– cada una de ellas custodiada por centinelas que son más poderosos a medida que se traspone cada una. El propio último guardián, el que habla con el hombre, dice no poder tolerar la vista a partir del tercero. De aquí se puede inferir que el propio guardián no ha avanzado más allá de la tercera puerta. Esta puerta custodiada que da al fuera donde está el hombre, está abierta, y durante todos los largos años de su vida, de la espera, no entra ni sale absolutamente nadie. Sólo el hombre vislumbra “el resplandor de una luz que brilla a través de las puertas de la Ley”, poco antes de su muerte. Pero, anteriormente, hemos sabido que la vista del hombre se ha debilitado tanto que “no sabe si la noche se hace verdaderamente a su alrededor o si le engañan sus ojos”. Es probable que nada, entonces, ni siquiera el resplandor de una luz, haya salido de allí.

La Ley es un edificio, un lugar inaccesible e inescrutable. Se sabe de ella lo que está exteriorizado: hay un centinela que la resguarda y que, en su nombre, prohíbe el paso. El guardián es entonces un representante de un poder y, él mismo, otro poder: “Pero confiesa que soy poderoso”, dice. “Y no soy más que el último de los centinelas...” La prohibición del paso está ejercida sobre un hombre que debe acatar esa restricción, quedando a la espera, interminable, del permiso. Dice el texto de Kafka: “...se decidió a esperar por lo menos hasta que se le permitiera entrar”, lo que nunca ocurre.

El poder en Kafka

Hasta aquí estamos ante la presencia de una versión del poder que no nos resulta, inmediatamente, difícil de entender. Lo que se llama “la versión jurídico-represiva del poder”. Sin embargo, como dice el mismo Kafka por boca del abate, “la escritura es inmutable y las glosas no son con frecuencia más que la desesperación que experimentan los glosadores”.

Ocurre que, por alguna frase deslizada por allí, la cuestión se enrarece. En un momento el centinela se retira de la puerta y el hombre se inclina para mirar al interior. El centinela se ríe del hombre y le dice: “Si tienes tantos deseos,

trata de entrar a pesar de mi prohibición". De lo que hay más allá de la puerta, el hombre sólo conoce la versión que le ofrece el guardia. El hombre no entra. Se decide a esperar que le permitan entrar. La palabra es "decisión". Luego, voluntariamente, el hombre se sienta a esperar. ¿Dónde quedó la prohibición? ¿No es, en definitiva, el hombre, quien se reduce a una espera interminable? Después de todo, lo que le anuncia el centinela es solamente que no podrá soportar la visión de los guardianes a partir de la tercera puerta, puesto que ha sido ésa su experiencia personal. Nada que parezca muy peligroso, no poder mirar a alguien.

Una pregunta es: ¿por qué el hombre le cree al guardián? Quizá ocurra que el hombre sabe que los guardianes están para custodiar, para "guardar" algo importante; quizá, si en algún momento el hombre dudó, al inclinarse a mirar al interior del edificio, por ejemplo, haya necesitado la invitación y la burla para decidir no entrar.

La cuestión es que este curioso texto de Kafka propone un giro diferente de la primera impresión que se tiene acerca del poder aquí. La Ley es un poder, no por invisible menos contundente, que delega en el guardián la prohibición de dejar pasar al hombre; el guardián, como representante de este poder, prohíbe el paso, pero también se ríe e invita al hombre a rehusar su propia orden; el hombre, en el ejercicio de su propio poder de decisión, se sienta a esperar que le permitan el paso. ¿Es la liviandad de la risa lo que tiene un efecto imperativo más fuerte que la orden, o, al menos, más disuasivo? Al guardián le parece extravagante e irrisoria la posibilidad de que el hombre se decida a entrar. ¿Se puede, no obstante, creer que el hombre ha sido libre de decidir entrar o esperar? Quizá le bastó, al hombre, la prohibición del guardián, para entender que debía invertir toda su vida esperando el permiso. ¿Qué lo detuvo: la presencia invisible de la Ley, la palabra del centinela, su propia creencia en la Ley y en la prohibición? ¿O fue quizá la risa del guardián la que lo disuadió y lo convenció de la seriedad de la prohibición?

Hay otros textos de Kafka donde es posible comprender mejor este relato. En el último capítulo de *El Proceso*, por ejemplo, cuando K. marcha hacia la muerte entre los dos custodios, se encuentra ese célebre momento en que los dos ejecutores y K. forman como una sola persona:

...los tres formaban una especie de bloque, del que no se hubiera podido destruir a uno de ellos sin destruir a los otros. Realizaban una cohesión que casi no se puede obtener en general sino con la materia muerta.

K. está físicamente indiferenciado con sus propios enemigos y, en ocasiones, hasta es quien toma la iniciativa de elegir parte del camino que lo ha de conducir a la muerte. K. y sus ejecutores ya son la misma materia. Muerta.

Nos encontramos nuevamente ante la presencia de una orden, en este caso, de ejecución, y una actitud de K. que no solamente es de sumisión, de aceptación de la decisión de otros, sino que incluso él mismo acelera parte del trámite que lo

conducirá a la muerte, invirtiendo su capacidad de acción para que se haga efectiva su propia destrucción. Esto parece, al menos, extraño. Se podría esperar una resistencia, o una resignación de parte de K., no justamente una especie de colaboración con sus verdugos. Pero K. piensa que resistir es inútil.

Nada había de heroico en resistir, en causar dificultades a los dos señores y en tratar, al defenderse, de gozar de una última apariencia de vida. Se puso en marcha y la satisfacción que experimentaron los dos señores se reflejó en su propio rostro... (Kafka, 1969: 209)

Más adelante, para alejarse de un par de policías que intentaron acercárseles, K. arrastró por la fuerza a sus compañeros...

El poder en Foucault

Una manera de entender a Kafka es a través de Foucault. Y, al revés, Kafka dice, mucho antes que Foucault, cómo habremos de entender a este otro pensador que tantas desesperaciones, por usar el término kafkiano, le provoca a los glosadores.

En la concepción del poder de Foucault se está a la búsqueda de una concepción del poder. Dice en una entrevista que así como hemos pasado muchos siglos para conocer qué es la explotación, todavía nos falta tiempo para saber qué es el poder. A la luz de la cantidad de publicaciones que han cuestionado, extendido o ampliado esta noción, podemos pensar que Foucault dijo la primera palabra acerca del tema. Más que referirse al “poder”, Foucault se refiere a “relaciones de poder”. Estas relaciones de poder constituyen una red que construye un espeso tejido que atraviesa a las instituciones sin localizarse exactamente en ellas, que atraviesa a todo el cuerpo social: a la Ley, al centinela y al hombre, a la relación entre ellos y a la propia interioridad de cada uno. “Hay que decir que se está necesariamente ‘en’ el poder, que no es posible escapar de él, que no hay, en relación con él, exterior absoluto, puesto que se estaría infaliblemente sometido a la ley.” (Foucault, 1987: 116)

A la vez visible e invisible, ocupado en todas partes, el poder se ejerce. No es poseído, no es una propiedad: es un ejercicio. Se sabe quién lo soporta, quién lo acepta. El hecho de que el poder sea aceptado, es porque no solamente prohíbe ni domina: el poder produce, produce discursos, conocimiento, realidad, placer. O sea que no hay dominadores ni dominados, o, por lo menos, no hay oposición global y binaria entre ellos, puesto que las relaciones de poder son, a la vez, intencionales y no subjetivas.

El poder es también un producto del discurso. En realidad, el discurso es el lugar donde se articulan el poder y el saber. Y así como no hay dominantes y dominados, no hay tampoco discurso aceptado y discurso excluido: hay una mul-

tiplicidad de elementos discursivos que pueden actuar en contextos diferentes, según quién hable, desde qué posición de poder. El discurso es instrumento del poder pero también es un efecto del mismo. Y así como el discurso produce poder, el silencio y el secreto lo protegen.

El poder es comprendido desde el diagrama, no desde la estructura: no pasa por formas, como el saber, sino por puntos, “puntos singulares que siempre indican la aplicación de una fuerza, la acción o la reacción de una fuerza con relación a otras”, dice Deleuze (1987: 102).

En el futuro
Como dice Rorty:

El impulso a contar historias de progreso, maduración y síntesis podría superarse si tomáramos seriamente la noción de que sólo conocemos al mundo y a nosotros mismos 'según una descripción'. Porque hacerlo significaría tomar en serio la posibilidad de que nosotros estemos por casualidad en esa descripción, que ésta no fuera la descripción que la naturaleza nos desarrolló para que aplicáramos, o la que mejor unificara las múltiples descripciones previas, sino sólo aquello a la que 'por azar' nos hemos incorporado. Si pudiéramos sentir la fuerza completa de la afirmación de que nuestras presentes prácticas discursivas no fueron dadas ni por Dios, ni por la intuición de la esencia, ni por la astucia de la razón, sino 'sólo' por azar, entonces tendríamos una cultura carente no sólo de una teoría del conocimiento, no sólo de un sentido del progreso, sino de 'toda' fuente de lo que Nietzsche denominaba "comodidad metafísica". No sé cómo sería una cultura tal, y no estoy seguro de su posibilidad ni de su deseabilidad. Pero a veces creo que Foucault tuvo un vislumbre de ella... Podemos estar agradecidos a Foucault por hacer otra de las cosas que se supone que los filósofos deben hacer: intentar posibilidades especulativas que exceden nuestro alcance presente, pero que de todos modos pueden ser nuestro futuro. (Rorty, 1988: 59)

125 {hechim

Jean d'Ormesson, en "Figaro-Magazine", comentando el libro de Didier sobre Foucault, le llama a éste símbolo y profeta de su época.

Asimismo, Pierre Bourdieu piensa que había en Foucault "un costado de profeta ejemplar", pero entendiendo por profecía la que se ejerce por la práctica y no sólo por la palabra, el discurso o la teoría (Bourdieu, 1999: 200).

Y retoma el concepto de profecía de Weber, quien dice que "los profetas son gente que ha ido a decir en la calle cosas que no se decían hasta ese momento, sino en los cenáculos restringidos de los especialistas". Ve a Foucault

como quien saca del universo erudito determinados problemas, conceptos, discusiones, para llevarlos afuera, a la calle, lejos de la comprensión abstracta de los sabios. Allí es donde devendrán acción, práctica.

De igual manera, la obra de Kafka se ha pensado como profética, como tendida hacia el futuro de tal manera que nuestra época “parece poner su mayor celo en parecerse al mundo fantástico de sus cuentos”, como dice Marthe Robert (1969: 145). Y Lombardo Radice cuenta que Brecht tuvo la intención de escribir un estudio crítico sobre Kafka, hacia los años 50, y que lo consideraba “un escritor profético”.

En Kafka se encuentran... intuiciones anticipadoras de muchos fenómenos... los campos de concentración, la inseguridad legal, el absolutismo estatal, la vida sórdida y tenebrosa de millones de individuos dirigidos por fuerzas oscuras: todo se le mostró como en una pesadilla y con la confusión y la imprecisión de la pesadilla.
(Lombardo Radice, 1977: 31)

Resulta que Kafka creía que a veces el arte era profético. Contestando a Janouch que protestaba por considerar que Picasso era un “arbitrario deformador”,¹ dice: “No lo creo. Se limita a registrar las deformaciones de las que nosotros aún no hemos tomado conciencia. El arte es un espejo que a veces ‘adelanta’, como los relojes”.

126 {texturas 1-1

Foucault, desesperación de los glosadores, es el nombrado como anarquista, nihilista, relativista monolítico, de mirada estoica y de mirada cínica, funcionalista, fatalista, agente de Hitler (citado por Deleuze en “Foucault”), feliz positivista y ascético racionalista. Foucault es aquel que no puede ser reducido a un nombre, que se resiste a ser puesto en algunas de las cómodas cajas mentales que hemos ido constituyendo a lo largo de la historia de nuestra cultura. En ninguna caja, porque no encaja en ninguna, porque es un vislumbre del futuro, como dice Rorty.

¿Por qué no pensarlo desde las propias resistencias que él mismo solicita? Maurice Blanchot cita esta frase de Foucault:

Nunca he escrito otra cosa que ficciones y soy perfectamente consciente de ello. (Blanchot, 1988: 50)

Porque se trata de juegos de ficción: Foucault va escribiendo sus textos y nos va proponiendo entrar en ese juego. Cito al azar, de *Vigilar y castigar*: “Pero quizá haya que darle la vuelta al problema...”, “¿No se puede ver ahí más que una contradicción, una consecuencia?”, invitándonos constantemente a revisar concepciones antiguas que se han endurecido y se han transformado en prejuicios. Y usa profusamente el condicional: “La penalidad sería... la penalidad no reprimiría... aseguraría su ‘economía’ general”. Continuamente juega, y allí, como en todo juego, nunca hay inocencia. Más bien se trata de un juego peligroso, que nos expone a vernos a

nosotros mismos y a nuestra arrogante historia de nosotros mismos, como en un extraño espejo, donde nunca encontramos el rostro que esperamos. Un espejo que nos muestra más bien nuestra miseria de hombres ingenuamente empeñados en recuperar orígenes, reconocer tradiciones donde no hay mucho más que azar y discontinuidades, más bien se trata "del polvo de los acontecimientos, de las acciones, de las conductas, de las opiniones", "todo lo que pasa", "cosas de nada".

El azar: el hombre que ha esperado permiso para entrar a la Ley durante tanto tiempo de su vida, durante los primeros años de la espera, dice Kafka, "maldice ruidosamente la crueldad del azar", y, luego, al hacerse viejo, "no hace más que gruñir".

Foucault, con esa profusión de azar que distribuye en la historia, hace con esto una torsión, y cuando escribo esta palabra, pienso en torcer el cuello: a la objetividad, a la subjetividad, a la estructura, a la acción.

¿No es esto Kafka? Y, arriesgo un poco más, ¿el arte? ¿No es Foucault uno de los más grandes poetas de nuestro siglo? ¿No es Foucault, quizá, la forma de ser de la poesía de nuestro tiempo? El arte, como forma de conocimiento, rodea la verdad, vuela sobre ella:

Vuela en torno de la verdad, pero con la decidida intención de no quemarse. Su habilidad consiste en encontrar un lugar, en la vacía oscuridad, donde la luz, sin que nadie se diera cuenta antes, se pueda recibir muy intensa. (Kafka, 1975: 75)

127 {hechim

En estas palabras de Kafka, el lugar de la verdad es el lugar del fuego. Otros discursos se queman en ella, pero no el discurso poético. El arte sabe que la verdad no se puede nombrar, no se puede tocar. Pero también sabe encontrar el lugar en la vacía oscuridad donde la luz se recibe intensa.

¿Por qué lo jurídico, la Ley, la justicia?

En la lectura en clave política sobre Kafka, por una "literatura menor", en contra de las innumerables y variadas reflexiones psicoanalíticas que provocaron algunos textos de Kafka, Deleuze y Guattari plantean: "Lo que en Kafka sufre o goza no es el padre, un superyó, ni un significante cualquiera; es ya, la máquina tecnocrática americana, o burocrática rusa, o la máquina fascista" (Deleuze - Guattari, 1978: 23). Y plantean que detrás del triángulo familiar (padre-madre-niño) hay otros triángulos, infinitamente más activos, de los cuales la misma familia saca su poder, o sea, su misión de propagar la sumisión, de agachar y hacer agachar la cabeza, y que de eso es que se carga la libido del niño desde el principio, como si a través de la foto de la familia se viera un mapa entero del mundo.

Kafka escribe *El Proceso* y *En la colonia penitenciaria* más o menos por la misma época. Hay inclusive un libro sobre el tema (Canetti, 1976) donde se narran

las circunstancias de su vida simultáneas a la escritura de estos textos. Y cuenta Wagenbach:

En este mes, agosto de 1914, Kafka comienza 'El Proceso'. Que la novela 'también' era una fantasía punitiva es cosa sabida: la víspera de cumplir los treinta y un años es asesinado Josef K.; la víspera de cumplir treinta y un años; Kafka se decide a tomar el tren de Berlín para romper su compromiso con Felice. Al rompimiento mismo, que tiene lugar en el "Askanischer Hof" le llama en el Diario "tribunal de justicia en el hotel". (Wagenbach, K., 1970: 117)

También Foucault tiene vivencias concretas en relación con los temas de la ley, lo jurídico, el poder. Inclusive, para Didier Eribon, las preocupaciones teóricas de Foucault sobre estos temas aparecen *después* de haber surgido en la acción, "en la lucha día a día": por su iniciativa surge el GIP (Grupo de Información sobre las Prisiones), en 1971, que "se convertirá en el asunto más importante para Michel Foucault a principios de la década de los setenta" (Eribon, 1992 : 282). Actos, asambleas, informes, movilizaciones forman parte de la intensa actividad del GIP; se crean incluso comités en toda Francia que logran aglutinar cerca de tres mil personas. Y da su apoyo activo a los desfiles de inmigrantes, escribe artículos en periódicos izquierdistas, participa en manifestaciones por distintas causas políticas.

En 1975 escribirá el hermoso texto de *Vigilar y castigar*.

Para Foucault, las prácticas judiciales forman parte de las prácticas que nuestra sociedad ha empleado para definir tipos de subjetividad, formas de saber y, en consecuencia, relaciones entre el hombre y la verdad. En aquellas prácticas es donde se origina la indagación, forma de investigación que aparece en la Edad Media y que, casi inmediatamente, se transforma en técnicas empleadas por la ciencia y por la filosofía. En el siglo XIX, también a partir de problemas jurídicos, surge el examen que, como técnica de investigación, dio origen a saberes acerca del hombre como la sociología, la psicología, etcétera.

Y la verdad y el poder forman una articulación de mutuas determinaciones. El discurso jurídico en Occidente es el discurso del Poder por excelencia, y el Derecho, es la ciencia de las leyes para "regir, es decir, dominar y hacer marchar al género humano" con las técnicas de "hacer creer" (Koziki, 1982). Las creencias forman parte del orden de lo mítico y las creencias en la Ley ponen en funcionamiento a las instituciones, asegurando la sumisión a las normas.

Texto sin sujeto, dice Legendre, texto sin objeto, dicen Deleuze y Guattari, la ley carece de interioridad, está detrás de una puerta que no ha sido transpuesta quizá porque la ley es el decir del guardián, es su acto de enunciación. Constituye, entonces, el cuerpo que necesita la Ley para que hablen las instituciones, para que

hable la justicia. Pero está en todos lados. Como se dijo, no es posible escapar del poder, se está necesariamente en él, y si no hay, en relación con él, exterior absoluto, es que se está incesante e infaliblemente sometido a la ley.

Referencias

- Blanchot, M. (1988) *Michel Foucault tal y como yo la imagino*. Valencia, Pre-textos.
- Bourdieu, P. (1999) *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires, Eudeba.
- Canetti, E. (1976) *El otro proceso de Kafka*. Barcelona, Muchnik.
- Deleuze, G. (1987) *Foucault*. Bs. As., Paidós.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1978) *Kafka. Por una literatura menor*. México, Era.
- Díaz, E. (1995) *La filosofía de Michel Foucault*. Bs. As., Biblos.
- Eribon, D. (1992) *Michel Foucault*. Barcelona, Anagrama.
- Foucault, M. (1978) *Historia de la sexualidad. T.I. La voluntad de saber*. México, S.XXI.
- Foucault, M. (1989) *Vigilar y castigar, Nacimiento de la prisión*. Bs. As., S.XXI.
- Foucault, M. (1985) *El discurso del poder*. Bs. As., Folios.
- Foucault, M. (1994) *Un diálogo sobre el poder*. Barcelona, Altaya.
- Kafka, F. (1975) *Consideraciones acerca del pecado, el dolor, la esperanza y el camino verdadero*. Bs. As., Alfa.
- Kafka, F. (1976) *El Proceso*. Bs. As., Losada.
- Kozicki, E. (1982) "Discurso jurídico y discurso psicoanalítico. El Derecho como texto sin sujeto", en Varios: *El discurso jurídico*. Bs. As., Hachette.
- Lombardo Radice, L. (1977) *El acusado Kafka*. Barcelona, Icaria.
- Robert, M. (1969) *Kafka*. Bs. As., Paidós.
- Rorty, R. (1988) "Foucault y la epistemología", en Couzens Hoy, D. (comp.) *Foucault*. Bs. As. Nueva Visión.
- Wagenbach, K. (1970) *Kafka*. Madrid, Alianza.

Notas

- ¹ Relato que narra Lombardo Radice en el libro antes citado, de un episodio que sucediera a posteriori de una visita de Janouch a la primera exposición de pintores cubistas en Praga. P.31.